

Tristeza y felicidad en el arte.

Liuva Sustaita.

Mucho tiempo leí poesía moderna en varios idiomas: francés, inglés, alemán, español. En general me parecía una literatura nostálgica, y su tristeza llegó a iluminar mis noches como el tenue resplandor de una vela. Hay un género de poemas en que se expresa el arrepentimiento de haber sido un escritor. Existen además poemas en que se lamenta la vida, el amor no correspondido, la finitud humana, etc. La enorme cantidad de ellos permite la omisión de algún ejemplo. Tiempo después, cuando emprendí el estudio del latín, me di cuenta de lo alejada que era la tristeza para esa literatura. Se puede mencionar la tristeza en algunos pasajes, pero su presencia nunca es tan real como en los poemas de Jorge Manrique, de Hölderlin, de Herman Hesse, de Chateaubriand, de Petrarca. Solía además considerar a Nietzsche un gran escritor. De entre las prosas modernas, la de Nietzsche es sin duda una de las más vivas y más llena de artificios retóricos, pero al compararla con la prosa latina de Cicerón o de Salustio, al compararla con la prosa griega de Aristóteles, las oraciones de Nietzsche aparecen llenas de gritos inmaduros. Si hay algo con un valor primordial – y lo mismo ocurre con Goethe – no es la forma del discurso, sino algunas ideas que, a pesar del estilo, mantienen su fuerza y originalidad. Lo clásico de la literatura latina es, me parece, una apacible claridad en la que no existe la tristeza, sino la calma y una pasión por el trabajo. A partir de este descubrimiento suelo considerar las obras de arte (canciones en el radio, películas, pinturas) a partir de qué tan feliz o triste me siento frente a ellas.